



PROSPERIDAD SIN CRECIMIENTO. ECONOMÍA PARA UN PLANETA FINITO

Tim Jackson
Icaria editorial (2011)

Si hace una década se hablaba de la necesidad de prevenir los impactos medioambientales y prestar atención al planeta que dejábamos a nuestros hijos, la realidad actual nos obliga a cambiar el discurso y a hablar, ya no de prevención, si no de adaptación y mitigación de los efectos del cambio climático. La consciencia de los límites de nuestro planeta también está ampliamente extendida.

Tim Jackson, economista ecológico, escribe "*Prosperidad sin Crecimiento*" en 2009, bajo la influencia directa de la crisis de 2008 que, originada en EEUU tuvo impacto global y que, por su origen económico-financiero, tuvo como respuesta una serie de medidas fundamentalmente económicas. A lo largo del libro, las referencias a dicha crisis se suceden constantemente, invitando a utilizar las propuestas para salir de la crisis económica como palancas para trabajar en la más grave crisis ecológica. Las ideas que plantea en su libro han evolucionado enormemente a lo largo de estos 13 años, hasta el punto en que, en 2017, planteándose la reedición del libro, el propio autor decide reescribirlo y modificarlo profundamente (1). Se ofrece al lector el resumen del primer libro en lugar del más reciente por el interés de conocer su principal cualidad: la de catalizar un debate hoy hoy plenamente vigente que cuestiona el fundamento del modelo económico en su integridad.

El libro es la evolución de un informe solicitado por el gobierno británico. La transgresión incluida en su título provocó una revolución en el momento de su publicación: cuestionaba las asunciones fundamentales del modelo de desarrollo en un momento de caos económico y social. En menos de un año se estaba traduciendo a 17 idiomas, extendiendo y ordenando la discusión sobre el modelo de desarrollo económico y social por todo el mundo.

En el libro, Tim Jackson compila distintas teorías que abundan sobre la posibilidad de generar un nuevo paradigma en el que las decisiones que impactan en la sociedad se tomen para conseguir un mundo y una vida más próspera; Jackson analiza los factores fundamentales que vinculan prosperidad y crecimiento económico, para justificar que son eso, un vínculo entre otros y no una relación biunívoca insoslayable. El autor termina proponiendo pautas factibles para ensayar una prosperidad desvinculada del crecimiento económico.

Muchos de los conceptos del libro ya se trabajaban desde el ámbito de la economía ecológica, que estudia la interdependencia entre ecosistemas y economía, pero su planteamiento y su lenguaje, unido al carácter propositivo del estudio que lo origina, hizo de este libro una pieza indispensable en el debate sobre las políticas de sostenibilidad puestas en marcha a lo largo de todos los continentes.

En lo que sigue, se resume el libro reseñado.

El origen de la crisis de 2008, según defiende el autor, está en una "irresponsabilidad sistemática" favorecida no solo por el sector financiero, si no consentida y alentada por gobiernos que necesitan del continuado crecimiento económico para mantener la estabilidad y admitida y deseada por una sociedad ávida de consumo. Y esto es así tanto para las "economías liberales de mercado" que en la década de los 80 y 90 favorecieron una amplia desregulación financiera, como las "economías coordinadas de mercado" que dependían más de las interacciones estratégicas entre empresas (Hall y Soskice). El mecanismo de endeudamiento como palanca para mantener el consumo y -en consecuencia- el crecimiento económico, se fomenta mucho más en las economías liberales que en las coordinadas. Pero en ambos casos, la gente es incentivada a endeudarse tanto por las facilidades en conseguir crédito como por su propia idea de estatus y su convencimiento de que su vida mejora cuanto más se consume.

El consumo desmesurado y creciente arroja un balance ecológico negativo, ya que la economía -fundamentada en el uso de recursos materiales- es ciega a las limitaciones planetarias. Es urgente entender la prosperidad desacoplada del consumo y no dependiente en exclusiva de la economía materialista. Desde la psicología, la historia o la sociología se aportan visiones alternativas y bien fundamentadas sobre la prosperidad. En cualquier caso, ya sea desde una visión secular o incluso desde la tradición religiosa, cualquier perspectiva de prosperidad reconoce sus dimensiones materiales, pero también las sociales y psicológicas.

El autor adopta la propuesta de Amartya Sen ("*El nivel de vida*" 1984) de caracterizar la prosperidad mediante tres conceptos: con la opulencia -fácil y constante disponibilidad de recursos materiales; con la utilidad -vinculando la prosperidad no solo a la cantidad disponible de recursos si no a la satisfacción que proporcionan; y por último con la disponibilidad de capacidades de florecimiento, esto es, con la capacidad y libertad de desenvolverse en un determinado contexto (hay acceso a la educación, a la sanidad, a una buena alimentación... y puedo elegir educarme, alimentarme de forma saludable y mantener una buena salud -entre otros). Según esta última caracterización de la prosperidad, lo que es importante y diferencial es la "capacidad de realizarse y florecer".

En un mundo con clarísimos límites materiales, "ciertos tipos de libertades son imposibles e inmorales". El autor utiliza como ejemplos la libertad de mejorar el reconocimiento social comprando productos fabricados gracias a la explotación infantil o ganarse la vida mediante un trabajo que esquilma la biodiversidad. Si a la carencia de recursos se une la magnitud de la población humana y la necesidad de aportar a la idea de prosperidad la perspectiva de la convivencia de varias generaciones, la búsqueda de una buena vida tiene una dimensión ética imprescindible. El desafío social que enfrentamos es el de librarnos de la visión materialista de la prosperidad impuesta por la sociedad de libre mercado, y acomodarla a esa perspectiva mucho más amplia de "florecimiento" que define Sen.

Pero ¿cuál es la relación entre crecimiento económico y prosperidad? El autor analiza esta relación desde tres afirmaciones interrelacionadas:

1. la opulencia es una condición necesaria para el florecimiento. Los bienes materiales juegan un papel simbólico en todas las sociedades estudiadas y no solo en la sociedad occidental de consumo (Baudrillard, Bauman, Douglas, Berger...). El aumento de los bienes materiales está relacionado con un mejor estatus social. La paradoja en este sentido aparece cuando es la sociedad completa la que se vuelve más rica en su conjunto: la competencia posicional ("tener más") no correlaciona en este caso con un mayor bienestar. Esto sugiere que, quizás en sociedades más igualitarias, se pueda aspirar a ser menos materialista (Wilkinson y Pickett)
2. el crecimiento está relacionado con el acceso a ciertos derechos básicos (esperanza de vida, salud o educación, por ejemplo). Los sucesivos informes sobre el Desarrollo Humano, del PNUD, a cerca de la relación entre el PIB y la esperanza de vida al nacer, la mortalidad infantil, y la educación, muestran que no existe una pauta estricta entre el aumento del ingreso un mayor nivel de florecimiento. Aunque sin duda los países más pobres sufren enormes penurias en los aspectos analizados, "algunos países alcanzan niveles significativos de florecimiento con sólo una fracción del ingreso de los países más ricos". Para entender la relación entre ingresos y florecimiento hay que comprender sus interdependencias estructurales: las mejoras sistemáticas han sido posibles en la mayoría de los países desarrollados en paralelo a un mayor o menor crecimiento económico, pero hay ejemplos donde alguna de las variables ha mejorado incluso en situaciones de recesión económica severa.
3. el crecimiento tiene un papel fundamental en la estabilidad económica y social. El énfasis de la economía capitalista por la eficiencia: la capacidad de producir más con menos recursos

(incluso de mano de obra) mejora los costes de consumo, aumenta el consumo y se produce un ciclo positivo de expansión. Mientras el crecimiento económico sea positivo -y el consumo aumente- se puede compensar la menor necesidad de mano de obra en la producción unitaria (por la necesidad de más unidades). El ciclo contrario también se produce: si se ralentiza la economía, también empeoran las posibilidades de empleo, y el paro ralentiza el consumo. La recesión tiene impacto en las finanzas públicas pues aumentan los costes sociales, y las dificultades de hacer frente al pago de la deuda (también para los individuos). Lo que a priori podría mejorar el balance ecológico: menos producción menor uso de recursos y menores emisiones, provoca efectos devastadores en el sistema social. Las economías modernas, para garantizar su estabilidad, están obligadas a crecer.

La respuesta a la pregunta inicial es el dilema del crecimiento: el crecimiento es insostenible en su forma actual y el "decrecimiento" (o el estancamiento), en las mismas condiciones, provoca una enorme inestabilidad y la espiral de la recesión. Una respuesta inicial a este dilema se ha construido en términos de "desvinculación": rediseñar los bienes y servicios de consumo para que sean, progresivamente, menos dependientes del flujo neto de materiales. Conseguir bajar la intensidad de la dependencia -esto es "hacer más con menos", se conoce como "desvinculación relativa" (2); si lo que se busca es la reducción en términos absolutos del uso los recursos, se trata de "desvinculación absoluta". La desvinculación absoluta es lo que se pretende frenando el uso de combustibles fósiles y midiéndose en reducción de las emisiones de CO₂.

En términos globales, la desvinculación relativa ha provocado que se necesite un 33% menos de energía primaria para producir cada unidad de producto en la economía global que en los años 70 (datos de IPCC 2007), y algo similar ha ocurrido en términos de uso de materiales (elaboración del autor desde diversas fuentes). A pesar de ello, en el mismo periodo, las emisiones de CO₂ han aumentado un 80% (EIA 2008), y en 2007 se confirmaba una tendencia global creciente en el consumo de combustibles fósiles: la desvinculación absoluta no se está produciendo.

El autor argumenta mediante la fórmula de Ehrlich (3) que la desvinculación absoluta sólo se producirá cuando la tasa de desvinculación relativa sea mayor que la tasa de incremento de la población y la tasa de ingresos combinadas. El autor justifica que, en la actualidad, no hay un escenario creíble para que esto ocurra: la eficiencia en la producción, los avances tecnológicos en energías limpias y la reducción del uso de materiales no son suficientes, hay que intervenir en la estructura de las economías de mercado (4).

Una de las claves es conocer los mecanismos de activación del consumo: el capitalismo y el papel dual del ahorro y la inversión. El ciclo económico se alimenta de la innovación provocada por la búsqueda incesante de una mayor eficiencia (ahorro y desvinculación relativa) que permite -y necesita de- una mayor disponibilidad de recursos de capital para invertir en generar dicha innovación -desde las empresas- y aumentar el gasto -por parte de los consumidores. Como adelantó Schumpeter, es el proceso de innovación el que mueve el crecimiento económico. Esto resulta en que "la desvinculación relativa tiene a veces el perverso potencial de reducir las oportunidades de alcanzar la desvinculación absoluta.

Tras la crisis del 2008 fue sorprendente el consenso en la necesidad de reactivar la economía. Defender puestos de trabajo y evitar que la crisis avanzase necesitaba de una economía de crecimiento. Se proponían dos alternativas: no hacer nada y esperar a que el propio mercado se recuperara o provocar la expansión monetaria mediante créditos accesibles para estimular la demanda, reducir los impuestos o incrementar el gasto público. Descartando la primera, por lo arriesgado de que la recuperación tardase demasiado en llegar, en la alternativa de intervenir las dos primeras soluciones incrementan el dinero en manos de los consumidores -que puede, o no, destinarse al consumo (durante las recesiones, la tendencia al ahorro es mucho mayor que en épocas de bonanza. La tercera propuesta -incrementar el gasto público- es el típico mecanismo Keynesiano que tiene en el Nuevo Pacto (*New Deal*) de Roosevelt uno de los ejemplos de mayor impacto: generación de empleo a corto plazo -en este caso, empleo público destinado a la creación e infraestructuras públicas- y un enorme impacto económico en el largo plazo.

Basándose en esa experiencia, emergió la propuesta del Nuevo Pacto Verde: si se ha de hacer una fuerte inversión pública, que se haga en energías limpias, en infraestructura que reduzca gases de efecto invernadero y protección ecológica. Esta idea logró gran consenso a inicios de 2009. Son varios los informes que apuntan hacia el interés en invertir en el ámbito de "lo verde" (*New Green Deal* en Reino Unido, PNUMA, Deutsche Bank, Instituto de Investigaciones en Economía de la Universidad de Massachusetts): se trata de un ámbito intensivo en mano de obra, ya que, más allá del sector energético, incluye a sectores como la construcción y la agricultura.

Para generar empleo mediante inyección de dinero público, en la salida de la crisis de 2008 se utilizaron una mezcla de estrategias: generación de empleo público, inyección directa a sectores específicos o con un impacto más amplio mediante rebajas fiscales. Cualquiera de estas estrategias podría haber forzado un foco más ambicioso hacia lo verde, pero la realidad es que la inversión condicionada a la sostenibilidad ecológica se concretó en un porcentaje

relativamente bajo del total de las cantidades movilizadas (Un promedio Mundial del 15,6 % sobre un total de 2.796 \$b). Y esto con el agravante de que cuando no tenía un foco en la ecología, podía destinarse a inversiones claramente contrarias a dicho enfoque (inversiones mucho mayores en carreteras que en energías limpias, por ejemplo).

Adicionalmente, como ya se ha mencionado, el dinero en manos de los trabajadores se destina o bien al ahorro o bien al consumo de bienes y servicios que no tienen por qué producirse con criterios de sostenibilidad.

La macroeconomía ecológica incide en este punto e insiste en la desvinculación, en este caso centrándose no solo en la eficiencia si no en la “desmaterialización”: consumir servicios (colectivos) en lugar de los productos materiales que los generan (individuales). Ejemplos de ello serían: movilidad frente a automóviles, pero también jardinería, peluquería, etc (5). Estos servicios “desmaterializados” son intensivos en mano de obra. Su propia bondad: generan empleo sin gasto de recursos, es su principal crítica: su productividad laboral es muy baja.

En algunos modelos emergentes, se cuestiona la necesidad incesante de mejorar la productividad: simplemente desplazando el empleo de un sector a otro, el empleo se mantiene sin crecimiento de la producción económica (primeras pistas sobre el potencial del “no crecimiento” desde una perspectiva macroeconómica)

En consecuencia, desde el punto de vista macroeconómico, es necesario abordar las inversiones desde una perspectiva ecológica: revisando los conceptos de rentabilidad (6) (valor de los servicios que prestan a los ecosistemas, stocks naturales) y productividad (metas sociales a medio y largo plazo o promoción del empleo en sectores de bajas emisiones de carbono)

Por otra parte, necesitamos “desintoxicarnos” del consumismo. El autor menciona distintas propuestas en este sentido (asociadas con el “movimiento *slow*”, comunidades de consumo con foco en la ecología o el “*simplicity forum*” (EEUU desde 2001), pero casi todas son propuestas marginales que implican el esfuerzo de vivir contracorriente, y cuyo principal valor es que pueden servir como “laboratorios sociales”. De ahí la importancia de promover un cambio estructural intencionado, interviniendo en las disfunciones del sistema, entre las cuales el autor destaca: salarios públicos mucho menores que los privados, personal sanitario y dedicado a los cuidados mal remunerado, inversiones que se rentabilizan sin tener en cuenta los costes a largo plazo, la cultura del consumo inculcada desde la infancia...

Las propuestas del autor para provocar el cambio estructural incluyen (i) cambiar la lógica social del consumo – evitando, por ejemplo, los mensajes que promueven el consumo -como parte del ocio, o

del descanso- por parte de la clase dirigente y utilizando los aprendizajes de las comunidades antes mencionadas. (ii) Revisar la estructura de los salarios reduciendo las enormes disparidades que provocan las metas competitivas y materialistas. (iii) Inversión en bienes públicos -tanto con capital privado como público (inversiones que favorezcan el menor uso de recursos, en tecnologías limpias o en el mejoramiento de los ecosistemas). La propuesta permitirá el avance hacia una sociedad menos materialista, más igualitaria (y con menor ansiedad) y con mayor atención a la comunidad y a los cuidados de la misma.

La revisión de la economía desde lo macro y el cambio en la lógica social del consumismo necesitan de una gobernanza apropiada. El “contrato social” se propone como el dispositivo de compromiso adecuado que legitima al gobierno, en su papel estabilizador, para trabajar en la garantía de los bienes públicos a largo plazo sin que se vean perjudicados por los intereses privados del corto plazo. El problema subyace en que los gobiernos también están atrapados en el dilema del crecimiento: mientras la estabilidad económica dependa del crecimiento, los gobiernos tenderán a apoyar las estructuras sociales que refuerzan el individualismo materialista.

Se cierra así un círculo que Jackson propone romper: macroeconomía basada en el crecimiento económico -comportamiento social consumista -gobernanza estabilizadora del sistema. Sus recomendaciones necesitan de un fuerte apoyo por parte de los gobiernos y requieren un compromiso social para el que cada vez hay más acuerdo. Las recomendaciones están basadas en experiencias y en algunas propuestas que ya (en 2009) están en marcha, pero que evolucionan despacio y sin suficiente escala. Las agrupa en tres bloques (se transcribe la lista completa):

A. Establecer los límites

1. Establecer topes de recursos y de emisiones y metas de reducción
2. Reforma fiscal ecológica, desplazando la carga impositiva desde los bienes económicos a los “males ecológicos”.
3. Apoyo a la transición ecológica en los países en desarrollo

B. Reconstruir el modelo económico

4. Desarrollar una macroeconomía ecológica, reconsiderando la productividad laboral (transición estructural hacia sectores menos generadores de carbono y más intensivos en mano de obra) y del capital (inversión ecológica); incluir en la contabilidad el valor del capital natural, e invertir en la alfabetización y adquisición de competencias técnicas al respecto

5. Invertir en empleo, activos e infraestructuras coherentes con el punto anterior.
 6. Incrementar la prudencia financiera y fiscal (regulación de mercados financieros)
 7. Corregir la contabilidad nacional diseñando sistemas alternativos o complementarios al PIB.
- C. Cambiar la lógica social
8. Revisar las políticas del tiempo de trabajo
 9. Resolver la desigualdad sistémica para reducir los costes sociales, incrementar la calidad de vida y relajar la necesidad de consumismo por mejora del estatus social.

10. Evaluación de las aptitudes y florecimiento
11. Fortalecer el capital social
12. Desmantelar la cultura consumista (mediante el mismo esfuerzo sistemático que se utilizó para imponerla)

Se trata, en definitiva, de desarrollar una economía supeditada a la realidad de los recursos limitados del planeta, con una aportación positiva, que proporcione medios decentes de supervivencia y generativa de capacidades para el florecimiento.

■ M. Ángeles Huerta

NOTAS

- (1) *"Prosperity without Growth – Foundations for the Economy of Tomorrow"* (2017) El último libro del autor es *"Post Growth. Life after Capitalism"* (2021). En ambos abunda en la propuesta de trascender al capitalismo consumista avanzando sobre la evolución de sus propuestas iniciales.
- (2) El término ha quedado obsoleto; actualmente se habla de "ecoeficiencia".
- (3) Lo ambiental (I) igual al producto de la población (P) por la riqueza o nivel de ingresos (A) por la intensidad de la producción tecnológica (T) de la producción económica.
- (4) A pesar de la afirmación del autor, los datos de 2007 han derivado ahora hacia un desacoplamiento [emisiones] vs [PIB global] La cuestión en la actualidad es si el desacoplamiento se produce a la velocidad adecuada.
- (5) En la actualidad se conoce como "servilización" al cambio de productos de consumo por servicios.
- (6) Las técnicas de monetización del capital natural están muy desarrolladas a lo largo de estos años e incluso se han incluido "cuentas ambientales" satélite en los sistemas de contabilidad nacional, que contribuyen a "matizar" el PIB en función de la degradación de los ecosistemas producida por el crecimiento económico, precisamente.